

Observaciones PROYECTO PARA LA MISION NACIONAL PERMANENTE

Pedro Trigo

EL PROYECTO Y LA FASE PREPARATORIA DE LA MISION

Nuestro episcopado a través de su Secretariado Permanente ha editado un Proyecto para la Misión Nacional Permanente que se desarrollará desde el año que viene hasta 1992, quinto centenario del inicio de la evangelización del continente.

Creemos que el momento es propicio para un proyecto evangelizador de largo aliento. Así lo reclama "la cambiante situación del país" (2.1.). Tanto por las insuficiencias de la evangelización pasada como por lo radical de la transformación operada en estos últimos 50 años es preciso ponerse de nuevo a echar los cimientos. Pero la ocasión no viene sólo dada por las necesidades objetivas sino también porque así lo reclaman los diversos sectores de nuestra sociedad y porque así lo anhelan los que sienten en su pecho la presencia interpelante del Señor como una experiencia que busca comunicarse y reanimar la Iglesia y la sociedad.

Este proyecto contiene un primer diseño, es un punto de partida. Pero abierto a los aportes de los diversos sectores que conformamos el pueblo de Dios en Venezuela. Sabedores del espíritu generoso que lo anima, nos sentimos convocados a la corresponsabilidad. Ese es el espíritu que anima también nuestras observaciones para que así, saliendo de muchos, muchos lo sintamos nuestro para llevarlo a la práctica.

Por supuesto que, si el Proyecto pide la discusión, mucho más discutibles son nuestras observaciones, no sólo por venir de quien vienen sino porque no creemos realista elaborar un proyecto de tanta envergadura en base únicamente a la autoridad institucional o capacidad intelectual de unos pocos. Para que refleje las disponibilidades y anhelos de la mayoría de los agentes pastorales en nuestra Iglesia debe involucrar a un gran número de ellos en su discusión preliminar y en su diseño. Es más, creemos que este trabajo debería prolongarse al menos seis meses más ya que, si se lleva a cabo de un modo dialógico y progresivo, constituye en sí la primera fase de la misión, tal vez la más importante: avivar la conciencia misional de la propia institución eclesial y, mediante el discernimiento común, acertar en lo que Dios nos pide y en los medios más adecuados para llevarlo a la práctica; y a la vez sensibilizarnos en lo que nosotros como individuos y como institución tenemos que cambiar para poder evangelizar con un poco de credibilidad y coherencia.

Nuestra contribución tendrá dos partes: Observaciones generales y Observaciones particulares. Las primeras, al ser estructurales, se reflejarán a veces en las segundas. Ese es el sentido de las repeticiones.

I.OBSERVACIONES GENERALES

MARCO ADECUADO

Ante todo quiero expresar mi satisfacción por el marco teológico pastoral y las líneas o dimensiones de la Misión, que componen con él una unidad. En conjunto me parece bastante completo y profundo. Sirve sin duda de

marco para lograr una convergencia sin reticencias entre los diversos agentes pastorales. Pediría por eso no sólo que no se disminuyera o recortara sino que, más allá de una mera declaración de principios, se convirtiera en el principio estructurador de todo lo demás, de mo-

do que cada escogencia concreta encuentre en él su fundamento y justificación y por él pueda ser evaluada. Si ninguna mediación o instancia se absolutiza sino que todo se remite a este marco, el Proyecto puede resultar dinámico y profundamente liberador.

No acabo de ver sin embargo la correspondencia entre el marco y el modo cómo se desarrollan las áreas. A veces la inadecuación es expresa; otras se debe a la indefinición de conceptos y actividades propuestas, a causa de lo sumario de la exposición.

NO FUNDIR EL AREA POBRES

Me parece grave retroceso la modificación introducida en el proyecto original. Estoy de acuerdo con la introducción del área vocacional, pero la fusión del área de los pobres y la de los constructores sociales, más allá de las intenciones de los que la propusieron, objetivamente minimiza e incluso elude el área de los pobres. Estoy seguro que las motivaciones de ningún modo fueron éstas, pero igualmente me confirmo en que éste será el resultado. Por lo tanto pido encarecidamente que se reconsidere la fusión y que simplemente se añada el área vocacional a las otras cuatro.

No me parece que es éste el lugar para fundamentar esta posición. Baste con decir que los destinatarios son diversos y que unirlos llevará insensiblemente a sustituir a los pobres por los constructores convirtiendo a éstos en sujetos y a aquéllos en destinatarios. Esa es la triste suerte de nuestra democracia social y sería bueno separarse a tiempo de este camino que se ha demostrado ineficaz. Este temor se ve confirmado por la formulación del esquema del nuevo proyecto (p. 5) donde la opción por los pobres se resuelve en la invitación a todos, y al especificar el universo se mencionan los dos extremos que son "los responsables" y "los dirigentes". De este modo la solidaridad con el pueblo creyente y oprimido se traslada al diálogo con las élites.

REORDENAR EL MATERIAL

Creo que el documento ganaría coherencia si se reordenara el material

del marco teológico pastoral. No se trata de cambiar contenidos sino el orden. Es un problema metodológico que ya ha sido tomado en cuenta en las áreas. Se trata simplemente de seguir la metodología que la Iglesia latinoamericana hizo suya en Medellín y Puebla: desde una somera presentación del sujeto que elabora el documento (p. ej. 2.1) vendría en primer lugar el diagnóstico pastoral, a continuación la iluminación teológica y en tercer lugar las propuestas (líneas y áreas). Habría que mostrar la concatenación entre los tres pasos.

NO CREAR TODO DE LA NADA

Hay contradicción entre dos tipos de acciones en que se concreta el proyecto: Por un lado se reitera la política de animar, potenciar y coordinar lo que existe, y por el otro en el proyecto aparece la pretensión de crear de nueva planta una institucionalización que sería el instrumento adecuado de la Misión. Creo que ese esfuerzo es irreal, dejaría exhausta a la Iglesia, y por el desprecio que supone el dejar de lado todo lo que existe, fomentaría la división y crearía resentimientos y problemas. Eso, si se llevara a cabo. Lo más probable es que ocurra con él como con los diseños de los Planes de la Nación que adolecen del mismo defecto de pretender que no existe la historia y todo comienza con ellos. Por eso no han sido operativos.

No se trata de que no haya que crear ningún organismo sino de que estas creaciones se lleven a cabo no 'a priori' y por decreto sino después de haber constatado su necesidad y factibilidad y en diálogo con los otros organismos existentes.

HECHOS Y PALABRAS. LA PALABRA DE DIOS

En el desarrollo de las áreas el contenido de la Misión es casi siempre declarativo (decir) y con sesgo nocional (doctrina cristiana y doctrina social de la Iglesia). No aparece realizado lo más importante de la Misión que es el hacer (aunque la palabra sea imprescindible).

Respecto de la palabra no se menciona lo que para los cristianos constituye la palabra fontal e insustituible: la Biblia y sobre todo los evangelios. Es una grave ausencia, tanto en la parte teológico-pastoral como en las proposiciones concretas de las diversas áreas. La ausencia llega a lo inaudito en el anteproyecto de catequesis. ¿No debería ser la Biblia el material primero e inexcusable de la Misión Nacional?

La Iglesia evangeliza cuando entre-

ga al pueblo la Biblia y recibe y discierne la palabra con la que el pueblo responde a esta interpelación de Dios. En este acto de entregar el Evangelio al pueblo consiste ante todo la Tradición en su sentido activo. Esta entrega es cristiana cuando toma la forma de diálogo. Este diálogo es el que crea comunidades fraternales y abiertas. Y estas comunidades son a su vez el lugar natural de este diálogo.

RESPECTAR EL PROCESO

El afán, tan vivo en las áreas, de encuadrar gente y multiplicar instituciones y cursos opaca un poco la insistencia evangélica en presentar el Reino como una semilla, como virtualidades que se desarrollan, como proceso. No se puede obviar el tiempo. Si tomamos en serio lo que significa un proceso de (re)evangelización no podemos esperar que él con-

II. OBSERVACIONES PARTICULARES

AREA FAMILIA

El diagnóstico (4:1.1) contiene muchos elementos y válidos. Falla la concatenación, de modo que al percibir el engranaje de unos con otros se vea cómo ellos configuran una situación en la que cada uno se comprende como elemento del conjunto. Algunos elementos a tener en cuenta serían los siguientes:

- cambio de roles familiares con la crisis consiguiente
- paso de la familia troncal a la minifamilia
- ruptura del vecindario y sus relaciones humanizantes
- capacitación del varón con la consiguiente marginación de la mujer o capacitación de ambos con la frecuente dispersión y competencia
- y sobre todo la situación mayoritaria de madres solteras y conyuges separados.

Por lo que hace a las acciones pastorales en marcha habría que preguntarse por qué los movimientos familiares cristianos son sólo de clase profesional. Responder a esta pregunta daría pistas sobre la situación y ayudaría a diseñar proyectos.

Es un hecho que los 500 años de evangelización no han bastado para que gran parte del pueblo cristiano acepte el modelo concreto que le hemos propuesto de matrimonio. ¿Se trata sólo de ignorancia o dureza de corazón o hay que tomar en cuenta otros factores antropológicos?

Excomulgar de hecho a los que vi-

cluya en menos de dos generaciones, es decir cuarenta o cincuenta años. La meta, p. ej. del área de la juventud: "alcanzar la evangelización total en 1992" hace temer que lo que se tenga en mente no sea una transformación (interior y social) basada en un contacto personal con el Señor sino la creación de un vasto movimiento y la internalización de una serie de slogans. Lo mismo podríamos decir de la proposición de constituir para 1992 cuatro mil Comunidades Eclesiales de Base. Bajo esta nueva denominación ¿no se está pensando en los grupos de siempre? Si no, no se ve cómo en sólo siete años puedan culminar procesos tan lentos y complejos como los que se ponen en juego en la creación de una CEB. Y más aún en nuestro país (cf. SIC, 449, Noviembre 1982, pp. 412-416).

ven maritalmente sin el sacramento del matrimonio, en la situación de Venezuela ¿no puede ser a veces una injusticia, incluso una impiedad? Tantas parejas fieles y estables del pueblo que por una u otra razón no pueden casarse o no ven que tengan que hacerlo ¿deberán verse privados para toda la vida del alimento y consuelo de los sacramentos? Estamos de acuerdo con las normas generales; pero ¿no hay sólo casos sino situaciones enteras excepcionales? ¿No habría que considerarlas?

Por otra parte el matrimonio eclesialístico tal como es administrado con poca frecuencia ¿guarda alguna relación, así sea remota, con el significado que da Pablo al matrimonio cristiano (Ef 5, 22, 33)? ¿Es por lo tanto un verdadero sacramento?

La descalificación sin matices del matrimonio civil para los cristianos ¿no propicia de hecho una mentalidad divorcista?

El objetivo general (4.1.2.3) no parte de la situación existente para señalarla.

Creemos que debería dirigirse de un modo general a los padres de familia en orden a dos objetivos mutuamente implicados:

1. Que sean compañeros: comunicación, confianza, colaboración, ayuda mutua, trabajo y descanso compartido. Acabar con la confinación de la mujer a lo doméstico. De esa dimensión de compañerismo depende en gran medida una relación fiel y estable. En nuestra sociedad

esta dimensión está muy poco desarrollada y de ahí la precariedad de las uniones.

2. Desde esta comunicación horizontal, cada vez más íntima y abarcadora, alcanza todo su sentido la concepción y el cuidado de los hijos como don y misión confiada por Dios. La responsabilidad del padre no se restringe a lo económico. Los hijos, como tarea compartida, se convierten en un reto que edifica la colaboración y superación de los padres.

Este es el contenido fundamental del matrimonio cristiano. Y desde nuestra situación éste puede ser el objetivo general de la Misión en el área familia: que los que viven como marido y mujer sean más compañeros entre sí y responsables de sus hijos y por esta vía que las uniones sean más estables y fieles. Este objetivo abarca a todas las unidades familiares del país tal como ellas se encuentren constituidas. Ya que se trata de entablar un proceso desde el punto de partida actual (con sus limitaciones, pero también con sus potencialidades) hacia una meta más acorde con el ideal evangélico (que por otra parte no coincide sin más con el modelo de familia vigente en la "sociedad occidental y cristiana").

En las metas (4.1.4) se insiste en campañas, escuelas de formación y constitución de CEB. No creo que las campañas tengan eficacia. Es el mecanismo más usual en el orden establecido y no se ve que tenga fruto. Tal vez ayuden las escuelas propuestas; pero el contacto con la gente en las propias casas es insustituible. Las comunidades, si lo son verdaderamente, sí contribuyen a sanear el tejido social.

ÁREA JOVENES

El diagnóstico (4.2.1) debe ser mucho más preciso para que de él puedan derivarse políticas que incidan realmente sobre la situación. Para elaborarlo habría que combinar la visión diacrónica con los indicadores de la situación actual. Además sería bueno tener en cuenta estas variables al menos: campo-ciudad, estratificación social, juventud cristianamente agrupada-no agrupada.

El objetivo general (4.2.2.) lo es en demasía: vale para todas las áreas y para todos los lugares y tiempos. Si se elabora un verdadero diagnóstico, de él debe brotar el objetivo.

A modo de hipótesis proponemos dos objetivos.

Si se constata que por su propia historia esta juventud encuentra graves dificultades de integración personal y

grupal, un objetivo tendría que ser, facilitar un diálogo personal y grupal, horizontal y intergeneracional. Un elemento específico de este diálogo tendría que ser la palabra de Dios, sobre todo el Evangelio, para que el diálogo trascienda en llamada y misión y los jóvenes puedan dar de sí.

Si se constata que el modelo político-cultural consolidado en los años 60 y que se remonta a los 40 e incluso al 28 está fundamentalmente agotado, no puede convocarse a los jóvenes a integrarse a él sino a que como misión suya, aunque no exclusiva, fabriquen uno nuevo (que naturalmente no debe olvidar las conquistas logradas en el modelo pasado).

Para estos objetivos pueden ayudar, no como objetivos específicos sino como cauces operativos, los indicados en el proyecto (4.2.3.): cohesionar grupos, animar iniciativas, formar integralmente.

Pero estos objetivos tienen unos presupuestos que es preciso explicitar: el primero es la renuncia a todo tipo de dominio por parte de la Institución Eclesiástica adulta. Debemos desterrar hasta de nuestro inconsciente el afán de reunir de un modo gregario a multitudes con el objetivo de respaldar al líder y compactar al grupo. Ese es el sistema de nuestros políticos. La Institución Eclesiástica no debe decir del mismo modo "estos son mis poderes" porque esas manifestaciones no conducen a la transformación de las personas sino a la glorificación de la institución y de sus personajes.

El segundo es renunciar a un modelo organizativo que prescindiera de la situación real de los jóvenes y de la densidad de las comunidades humanas en las que están insertos y a las que deben responder: familia, vecindario, escuela. Renunciar a un modelo que parte de una dirección central de la que dimanarían materiales, propuestas y consignas que las seccionales implementan. En la Iglesia no se trata de "bajar la línea". Los cristianos debemos alejarnos de ese método comunista, mal conductor de la fe por su verificalismo y unidireccionalidad. Este modelo, que encuadra a los jóvenes sacándolos de sus propios problemas y los de su medio, es una tentación para ellos, un escándalo en el más fuerte sentido evangélico. Su éxito eventual no sería salvador.

Por lo que hace a las metas (4.2.4. y 5.) no parece posible crear lo que se propone y fortalecer lo que existe. No hay recursos actuales ni potenciales.

ÁREA POBRES

Los indicadores sobre la situación actual (4.31.A.1,2 y 3) son contundentes. Por eso, para que no se queden en meros indicadores, habría que relacionarlos, hacerles algunas preguntas para llegar a través de ellas no sólo a describir sino a comprender nuestra situación: ¿Por qué la miseria creciente, el desempleo crítico y la brecha creciente entre ricos y pobres?

Si amplios sectores de la población carecen de lo más indispensable para vivir y el desempleo está llegando a extremos intolerables y sin embargo la brecha respecto de los ricos se ahonda más, esto significa que en nuestra sociedad imperan mecanismos que canalizan la riqueza nacional hacia los ricos y la sustraen de las mayorías hasta el extremo de privarlos de lo indispensable para vivir y del modo normal de lograrlo. Si no queremos cerrar los ojos y "aplastar la verdad con la injusticia" (Rm. 1, 17) tenemos que señalar que existen estos mecanismos y que existen quienes los mantienen. Y tenemos que nombrar a ambos de un modo concreto.

El objetivo general (4.3.2.) tiene que responder a este diagnóstico y por eso tiene que señalar expresamente el empeño por lograr que el pueblo se libere, de estos mecanismos y sus fautores. El pueblo tiene que liberarse además de sus pecados, entre ellos sobre todo el de la resignación y el de copiar en su seno los mecanismos de los opresores. Pero referirse a la liberación integral sin especificarla es encubridor.

Los tres primeros objetivos específicos (4.3.3.) están bien expresados. Pero al faltar en el diagnóstico y en el objetivo general toda alusión al hecho de la lucha de clases que promueven los de arriba contra el pueblo, falta también el objetivo específico de defender al pueblo de sus opresores y más aún el de estimular su autodefensa.

Respecto de las metas la pregunta es si no hay nada que hacer respecto de las estructuras en que viven los pobres. Esta pastoral ¿nada tiene que ver con los problemas de vivienda, trabajo, hambre, servicios, clientelismo... descritos? Si la evangelización es hacer y el sujeto es el pueblo de Dios ¿no serán metas irrenunciables dar pan a los hambrientos, salud a los enfermos, educación a los que no la tienen y todo esto no de un modo meramente asistencialista sino potenciando al pueblo para que se organice en orden a lograr la vida digna de los hijos de Dios? (Cf. Medellín, 2, 27).

Dentro de esta orientación general puede tener sentido, según las circunstancias, la creación de salones de usos múltiples y capillas (4.3.4A.3). Sin este contexto, suena a sarcasmo que ésa sea la respuesta a la trágica situación descrita anteriormente.

Según lo dicho más arriba, la orientación de esta pastoral (4.3.4.C) no puede restringirse a lo proclamativo (estudio, difusión, denuncia, defensa), tiene que pasar a las acciones concretas de solidaridad, compromiso y testimonio. Solo así contribuiremos eficazmente a cambiar la situación de nuestra población. Por consiguiente los programas no deben basarse en puro curso (4.3.5.), aunque éstos sean necesarios.

El requisito fundamental de esta pastoral es cambiar de solidaridades. No podremos dar ni un solo paso en esta pastoral mientras la Institución Eclesiástica siga formando parte de las fuerzas vivas de este (des)orden establecido.

AREA CONSTRUCTORES DE LA SOCIEDAD

Los dos primeros indicadores de la situación (4.4.1.1. y 2), aunque someros, son suficientemente certeros como para servir de base a interrogantes muy serios: Si la riqueza petrolera no ha generado una sociedad más justa y humanitaria sino que ha agravado los problemas sociales ¿tiene todavía sentido pedir a los dirigentes la búsqueda de nuevos caminos? ¿No son estos dirigentes los principales responsables del desaprovechamiento de esta oportunidad histórica? ¿No son ellos quienes entran porfiadamente cualquier reforma salvadora por defender privilegios mezquinos?

Tras el diagnóstico de la crisis en la parte primera (2.3.) y en el área Pobres ¿se puede seguir pensando que ellos van a ser los constructores de la nueva Venezuela? No sería cristiano abandonar a los actuales líderes; pero ¿no es necesario edificar un nuevo sujeto histórico? ¿No hay que preguntarse quiénes serán los constructores de una Venezuela más justa? Para empezar ¿quiénes pueden estar interesados en un país más justo e igualitario? Y al contrario ¿quiénes están interesados en que no se toque nada?

Si nos equivocamos de sujeto, la pastoral en esa área, al reforzar lo que existe, puede convertirse en una traba adicional para la transformación real.

Si nos empeñamos en ligar nuestra suerte a los líderes actuales se confirmará la sospecha de que formamos parte de ellos y que como ellos tememos un cam-

bio profundo.

De lo dicho anteriormente se deduce un cuestionamiento sobre los objetivos de esta pastoral (4.4.2 y 3). Al menos a partir de fines de los años 30 la Iglesia venezolana emprendió un formidable esfuerzo pastoral con los constructores de la sociedad. Hacia ellos se volcaron las instancias educativas, organizativas y jerárquicas. Es necesario preguntarse si al indudable éxito político alcanzado corresponden contenidos y realizaciones de densa raigambre evangélica. A juzgar por el bosquejo de la situación habría que responder de un modo más bien bastante negativo. Habría por tanto que evaluar las propuestas anteriores, tanto en los contenidos y métodos como en su puesta efectiva en marcha, para no volver a caer en lo mismo, si es que, tras la experiencia pasada, hay ánimo para repetir el mismo camino.

Así pues habría que reformular de un modo mucho más concreto tanto el objetivo general como los específicos, a partir del análisis de la situación y de la experiencia pastoral pasada. Lo que decimos de los objetivos vale también para las metas. ¿Por qué no se ponen metas en relación con las estructuras? El énfasis exclusivo en los valores reduce todo a algo vagoroso.

PASTORAL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

Sobre los medios de comunicación social se trata en las líneas (3.3.), en el área de los constructores de la sociedad (4.4.) y en el anteproyecto de Pastoral Orgánica del Departamento de MCS (5).

La descripción y juicio del estado de los medios de comunicación en nuestro país son valientes y certeros. De este diagnóstico parecen brotar tres conclusiones: La primera, la obligación de la Institución Eclesiástica de alertar al pueblo en contra de la terrible distorsión de los acontecimientos y más en general del sentido de la vida que transmiten los medios; esto habría que hacerlo de un modo concreto. La segunda, habría que problematizar la participación de las instancias de la Iglesia en este contexto, sobre todo la TV. Si las características de un programa sobredeterminan tanto los contenidos que en él se viertan, no puede acudir a ellos de un modo desprevisto, como a casa propia. La tercera, si evangelizar es comunicar, debería concluirse que como los MCS no comunican hay que crear canales propios y adecuados. Esto no significa que no tengamos que utilizar los MCS, dada la cultura masiva y la lucha ideoló-

gica en que estamos envueltos, pero no para cumplir de un modo primario con la dimensión comunicacional de la evangelización sino para defender, aclarar y difundir en cuanto se pueda lo que se hace por otros canales más propios y adecuados.

Más aún desde éste diagnóstico habría que realizar una evaluación del uso de los MCS en la pasada Misión Nacional para que se subsane lo que hubo de insuficiente o lo que resultó deformado o manipulado. Por de pronto hay que reconocer que la campaña televisiva no fue heterogénea sino que más bien se acomodó a los patrones propagandísticos al uso. El matiz, tremendamente distorsionador, fue la asepsia y el confinamiento de lo cristiano a un mundo celeste, vaporoso, irradiante y cadencioso que alude no a la paz que vence al mundo sino al irenismo del que se abstrae de él.

Por eso más que enfrascarse en proyectos más técnicos y costosos habría que concentrarse en la fuerza comunicadora del Evangelio no mutilado. En el país no se dice la verdad. Se encubren las situaciones y sus causantes concretos. Las palabras recubren la situación en vez de desvelarla. La institución eclesial también participa de este cerco de silencio. Tendría audiencia si hablara la verdad en concreto, no limitándose a los principios generales. Sería un gran servicio a nuestro pueblo. Al desentrañar en concreto los problemas y de este modo comprometerse con ellos, las palabras evangélicas que acompañan estos señalamientos estarían cargadas de peso y las pistas de solución apuntadas convocarían a los hombres de buena voluntad.

Para eso no se requiere mucha sofisticación, aunque sí una cierta preparación técnica, conocer los medios, no tenerles miedo y sobre todo estar al día de lo que pasa. Hacer esto a nivel nacional, estatal y zonal, en las parroquias, en los colegios y demás centros. Esto sería lo más importante.

Estas serían mis observaciones. Reitero que han sido escritas con el deseo de colaborar y en espíritu de comunión. Deseo subrayar de nuevo la validez y profundidad del marco teológico pastoral.